

geográficos, que nunca dejé de aprovechar los momentos que me dejaban libres mis ocupaciones en el Ministerio, ya para hacer mis ensayos del dibujo de cartas, ya para estudiar las matemáticas de San Cyr y algunas obras de Geografía, á cuyo efecto me formé una humilde biblioteca que no excedía de quince volúmenes. Verdad es que tenía á mi disposición las espléndidas librerías del Conde de la Cortina y del Licenciado Don José María Lacunza.

Como nada me arredraba para salir airoso en mi intento, me lancé á la ejecución de la entonces para mí obra magna de copiar la Carta de la República, que en muy grande escala había formado la sociedad de Geografía y Estadística, y que yacía, si no olvidada, por lo menos desconocida de todo el mundo. Con el tesón propio de mi carácter y con las nociones adquiridas del dibujo geográfico, pronto dí término á tan laboriosa empresa; y si bien el trabajo adolecía de los defectos consiguientes á mi inexperiencia, tenía el mérito de ser el resultado de una gran fuerza de voluntad y de ofrecer rectificaciones importantes que me fueron aconsejadas por el ilustrado Oficial Mayor Don Miguel Lerdo de Tejada. Grande era el abandono en que se encontraba la Geografía nacional, excepción hecha de los loables esfuerzos de la Sociedad de Geografía y Estadística. Tan marcado era aquel abandono, que para el tratado de límites entre México y los Estados Unidos echóse mano en 1848 de la incorrecta y muy deficiente carta de los Estados Unidos Mexicanos, publicada en Londres por J. Desturnell; así es que aquella deficiencia enalteció mis trabajos hasta el grado de que el Ministro Don Joaquín Velázquez de León me llevase á la presencia del Presidente Santa-Anna.

El omnipotente personaje examinó con detenimiento la carta que se le presentó, y al observar en ella la grande extensión del territorio que tan injustamente nos arrebataron nuestros vecinos, dijo no sé qué palabras llenas de amargura, lo que no dejó de causarme grande extrañeza pues advertí que antes de la presentación de aquella Carta, no se tenía la menor idea acerca de la importancia del territorio perdido. Ese acto quedó profundamente grabado en mi memoria.

El Presidente ordenó á su Ministro que me gratificara con cien pesos, lo que fué para mí una gran fortuna.

La Carta permaneció expuesta en la Academia de San Carlos por todo el tiempo de su Exposición anual, y fué acogida con elogios por la Prensa, los que no me envanecieron, pero me alentaron para continuar esos trabajos apenas iniciados.

Esos elogios que tan bondadosamente me tributaba la Prensa, decidieron, sin duda, á un director de una Escuela nacional á instarme para que aceptase el nombramiento de profesor de dibujo geográfico y topográfico, mas tal incidente sólo me sirvió para conocer, andando el tiempo, cuán voluble es la humanidad. Yo, que conocía mi insuficiencia, rehusé el bondadoso ofrecimiento, manifestando con toda ingenuidad que el cargo aquel era muy superior á mis fuerzas, no poseyendo, como no poseía, los conocimientos necesarios que debería transmitir á los alumnos. El director insistió en sus propósitos y yo en mi negativa, pues desde entonces comprendí cuán grande era la responsabilidad de un profesor que se aventurara á enseñar lo que no sabe, en la verdadera acepción de esta palabra.

Mi renuncia, en lugar de enaltecerme en el ánimo del director, debióle causar un gran enojo, pues desde entonces no volvió á tratarme sino con un despego inaudito, aun después de que por mis continuados estudios había puéstome en aptitud de escribir un Curso elemental de dibujo geográfico y topográfico. El buen concepto que de mí se tenía cuando ignoraba mucho de lo que debía saber, trocóse en indiferencia cuando por mis puros esfuerzos había conseguido saber algo. ¡Tales son las ironías de la vida!

La Geografía de Malte-Brun, la Uranografía de Francœur y la Astronomía por Johnston eran mis autores predilectos; mis horas de estudio, las primeras de la mañana; el sitio, la Alameda, y mi lugar favorito de ésta, la calle oriental que desemboca á la glorieta de la gran palma, plantada por mí, más tarde, en recuerdo de aquellos días, palma que al fin se hizo desaparecer.

La Carta formada por la Sociedad de Geografía y Estadística adolecía de los defectos y errores consiguientes al primer trabajo em-

prendido con los datos existentes, que no se recomendaban por su exactitud, razón por la cual, tal vez el gobierno no la publicó. Las correcciones que en ella hice por el consejo ilustrado del Señor Lerdo de Tejada fueron pocas pues no era fácil aplicar las que me proporcionaban otros datos más recientes, sin trastornarla por completo. Decídime, por tanto á aprovechar los planos parciales y gran número de datos acopiados por el Ministerio de Fomento y Sociedad de Geografía y á pedir á los

gobernadores de los Estados los que pudieran proporcionarme, y ya con todo esto tuve facilidad de formar una nueva Carta, sobre la proyección que mi apreciable amigo el Ingeniero D. Francisco Díaz Covarrubias calculó y me dedicó para tal fin. Dicha carta fué la publicada en 1863, y sirvió de base á los franceses para la que se formó en el depósito de la Guerra según refirió Mr. Neox, en su Relación Política y Militar, de la Expedición francesa á México, 1861 á 1867.



VI

DICTADURA DE SANTA-ANNA.

NO te hablaré, querido lector, de todos los actos de la última administración del General Santa-Anna, porque deben de ser conocidos á causa de hallarse consignados en la historia, sino de aquellos que, por sus detalles característicos, pudieran interesarte; por tanto, voy á referirte lo que presencié y no temas que, al ejemplo de muchos narradores, te haga mirar, al través de lentes mal acomodados á tu vista, los hechos deformados, ya amplificándolos, ya deprimiéndolos, de conformidad con sus aviesas intenciones, causa determinante de la propagación de errores en la historia y como tal creo, quiero que observes los cuadros que te ofrezco, con tu vista natural.

RESTAURACIÓN DE LA ORDEN
DE GUADALUPE.

Los usos introducidos por Santa-Anna, particularmente en su última Administración,

eran en realidad los que correspondían á una monarquía, como lo comprueban su poder dictatorial y los hechos que voy á referir:

El 19 de Diciembre de 1853 tuvo efecto la restauración de la Orden de Guadalupe, conforme al ceremonial previamente decretado. Reinaba en la ciudad gran animación y en el Palacio un movimiento inusitado. Las calles rebosaban de gente que se dirigía con presteza á las del Empedradillo, Santo Domingo y siguientes, que eran las señaladas para el tránsito de la lujosa comitiva, con dirección al Santuario de Guadalupe.

Elegantes carruajes entraban en el Palacio por la puerta principal, pertenecientes unos á los presuntos condecorados, y otros á los Secretarios de Estado, deteniéndose los de aquéllos en el gran patio y siguiendo los de éstos hasta el de la presidencia, para salir después con sus dueños en el orden marcado por el ceremonial.

Los sonoros repiques á vuelo de la Catedral

y el estampido del cañón, á las nueve de la mañana, conmovían al gentío que se apiñaba en las expresadas calles de la carrera. Era la hora en que los Caballeros de Guadalupe, formando una lucida comitiva, descendían de las habitaciones presidenciales por la escalera de honor, seguidos de los oficiales, generales y edecanes, todos de gran uniforme y, á lo último, enteramente solo, apoyándose en su bas-



EL GENERAL SANTA-ANNA.

tón, el Gran Maestre de la Orden Guadalupeana, quien por su porte y por su rico uniforme recamado de oro, cualquiera lo habría tenido por un rey absoluto, que al decir verdad sólo le faltaba para tal el nombre, pues las ínfulas le sobraban.

La salida de la comitiva del Palacio se hizo en este orden: á una descubierta de gastadores del Regimiento de Granaderos, seguían los coches de los condecorados Caballeros, Comendadores y Grandes Cruces, cuyos cocheros llevaban en el hombro izquierdo un listón blanco; los carruajes de los Ministros precedían la elegante carroza del Gran Maestre, tirada por seis arrogantes caballos retintos, guiados por tres cocheros y postillones de lujosa librea, seguían después los brillantes oficiales del Esdó Mayor: cuatro picadores á caballo, con librea de la Casa del Gran Maestre; una bellísima estufa dorada y pintada con emblemas y las armas nacionales, de la cual tiraban cuatro hermosos caballos anaranjados, y, por último, el vistoso Regimiento de Lanceros de la Guardia.

Solamente los coches de las señoras de los caballeros de Guadalupe, los de los agentes

diplomáticos y los de los caballeros de otras órdenes y de las señoras de los Ministros, podían transitar libremente por las calles y calzadas de la carrera, distinguiéndose respectivamente aquéllos por el color del lazo que en el hombro izquierdo llevaban los cocheros: amarillo paja, encarnado y verde. Todos los demás carruajes se dirigían á Guadalupe por otras calles y por la calzada de piedra, mas no por la de tierra, que era la reservada para la comitiva, hallándose custodiada por dragones de la guardia, apostados de trecho en trecho.

A la llegada de la comitiva á la insigne Basílica, todos los invitados á la ceremonia ocupaban los lugares que se les habían señalado con anticipación: las señoras de los caballeros y Ministros, en el Coro alto, y los generales, jefes, funcionarios y empleados, á uno y otro lado de la Crujía que del Coro bajo conducía al Presbiterio.

El Gran Maestre, revestido con un rico manto, tomó asiento bajo el dosel de terciopelo que del lado del Evangelio se había colocado, cerca del de Monseñor Clementi, Delegado Apostólico, que era el oficiante. Apartadas del Presbiterio y á la altura de éste se hallaban dos tribunas, una á la derecha que ocuparon la esposa y familia del Presidente, y otra á la izquierda, en que se colocó el cuerpo diplomático. En la Crujía central, limitada por balaustradas de plata, se colocaron los Caballeros de la Orden.

La ceremonia dió principio á las diez de la mañana y terminó á las tres de la tarde, dando asunto al hábil pintor francés Pingret, para la ejecución de un hermoso cuadro al óleo. El artista eligió para el efecto los momentos en que el Gran Maestre de la Orden entregaba las insignias al Ilustrísimo Arzobispo de México.

Una gran comida durante la cual no escasearon los brindis, como siempre adulatorios, dió fin á la fiesta de aquel día.

GRAN BAILE EN PALACIO.

El Conde de la Cortina era, por carácter y por educación, un hombre espléndido en toda la extensión de la palabra, así es que el baile dado por él en Palacio, en celebración del res-

tablecimiento de lo Orden de Guadalupe, fué uno de los más famosos que se registran en los anales históricos de la ciudad de México.

La noche del 2 de Febrero de 1854, el Palacio Nacional habíase trasformado, como por encanto, en un suntuoso edificio, digno de las cortes europeas. Los granaderos de la guardia, de polaina negra, pantalón blanco ajustado, casaca roja de paño y botón dorado y alta gorra de pelo, formaban valla en el corredor ba-

cetones cuyas plantas y flores comunicaban al ambiente gratísimos aromas. Tres eran los salones principales: el de Iturbide lujosamente amueblado, que tenía tal nombre por el gran cuadro que con la efigie del héroe de Iguala en su testera se hallaba; el que le seguía, que por su lujo no cedía al anterior, era conocido, por algunos, con el nombre de Napoleón por tener adornadas sus paredes con algunos cuadros que representaban las principales batallas del gran



CEREMONIA EN LA BASILICA DE GUADALUPE.

jo, desde la puerta hasta el pie de la gran eslera, la cual se hallaba cubierta de alfombras, adornada, á uno y otro lado, con macetas de hermosas plantas, y con las paredes engalanadas de espejos y candelabros de bronce, cuyas bujías como las lámparas que pendían del techo, despendían torrentes de luz, en tanto que el corredor alto, cubierto enteramente de lienzo, listado de azul, semejava una inmensa tienda de campaña, igualmente adornada con ma-

batallador; el del Consejo de Ministros que había cambiado su mueblaje del despacho por el lujoso de la tertulia. Todos estos salones fueron destruidos en la época de Maximiliano para formar uno solo, que era el extenso y desproporcionado que hace poco se hizo desaparecer con motivo de las reparaciones y embellecimiento del departamento presidencial, llevados á cabo ultimamente.

No escaseaban en todos los departamentos